
Cultura subvencionada o no

César Antonio Molina

Los defensores de las subvenciones apoyan que el Estado auxilie a su cultura sin intervenir en ella. Los detractores critican la intervención del Estado porque piensan que condiciona la libertad. Fumaroli habla del Estado-cultural como un organismo cuya intención es gobernar la cultura. Adorno ya había criticado el intervencionismo estatal que se dedicaba a reunir, clasificar, sopesar y organizar la creación. La cultura para éstos y otros muchos filósofos y sociólogos era precisamente un baluarte contra la administración. Un lugar libre donde se debía criticar a la política y a sus administradores. Pero si se recibían subvenciones cómo se les podría criticar. La cultura era la industria de lo «inútil» mientras que la administración se constituía en sí misma como de utilidad pública. Esa administración muchas veces emanaba reglas, decretos, normas que censuraban o aminoraban la libertad de creación. La cultura debía ser la protesta permanente de lo individual frente a lo colectivo homogeneizante. La administración y los creadores

¿cuerpos antagónicos del Estado? Adorno consideraba inevitable este conflicto entre los administrados y la administración. Pero, a la vez, unos sin los otros no podían ni pueden existir. En *Cultura y administración* (en *Escritos sociológicos I. Obra completa*, volumen 8) Adorno afirma que la cultura es nociva cuando se la planifica y administra; sin embargo cuando se la deja a su libre arbitrio, todo lo cultural amenaza perder no sólo la posibilidad de influencia sino la existencia misma. Adorno y Horkheimer (*Dialectica de la Ilustración*) se refieren a las antiguas religiones, a las revoluciones y a los partidos políticos que nacen de ideas pero para sobrevivir tienen que transformarlas en dominio. Y el dominio siempre es una imposición, una transgresión de un modo de vida:

La invocación a los creadores de cultura a que se hurten al proceso de administración y se mantengan fuera, suena a huero. Con ello no sólo se les cercenaría la posibilidad de conseguir su sustento, sino también toda influencia, el contacto entre obra y sociedad al que no puede renunciar la obra más íntegra, si no quiere marchitarse (*Cultura y administración*).

La administración debe defender el orden confiado a su cuidado como el orden de las cosas frente a las insubordinaciones de los artistas que son su manera de ser esencial. A pesar de las permanentes peleas, no pueden prescindir los unos de los otros, tienen que aprender a cohabitar. Hannah Arendt en *La crisis de la cultura* (*Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios para la reflexión política*) comenta que la cultura se encuentra bajo amenaza cuando todos los objetos del mundo, producidos en el presente o en el pasado, se consideran meras funciones de los procesos de la vida social –como si no tuvieran otra razón de ser que la satisfacción de alguna necesidad–, «y no importa si las necesidades en cuestión son elevadas o básicas». La cultura trasciende y supera las realidades presentes. Un «objeto cultural» está por encima de cualquier uso práctico.

Ante la sensata estupidez de Warhol que dijo que el artista era alguien que hacía cosas que nadie necesitaba; yo prefiero el inteligente comentario de Kundera en el cual expresa que la función del arte es protegernos de que «olvidemos ser». Algo tan sensato, tan sencillo, tan necesario y tan frágil. La cultura necesita medios para poder desarrollarse y, vengan de donde vengan, de lo público o de lo privado o de ambos a la vez, serán siempre bien recibidos. Eso sí, hay una condición indispensable, el arte y la cultura en general son la expresión libre del ser humano y, por tanto, nadie podrá mediatizarla, influirla o aminorarla. Si todo esto se cumple, defensores y críticos podrían llegar a un acuerdo de máximos. Bauman, un sabio ensayista clarividente como pocos, un guía en tiempos de penurias y zozobras, se preguntaba y nos preguntamos todos, al menos quienes tenemos conciencia de los gravísimos peligros por los que estamos atravesando, si ¿podría la cultura en este siglo XXI sobrevivir a la devaluación del ser? ¿Podrá la cultura, como la hemos entendido hasta ahora, sobrevivir a su cada vez más creciente consideración como producto en vez de una cuestión espiritual? ¿Podrá la cultura sobrevivir al entretenimiento, al pasatiempo, a la dispersión informativa, a las cloacas de las redes sociales, a los videojuegos? ¿Qué efecto tendrá todo esto sobre la indefensa juventud? Los Estados cada vez más equivocadamente se están retirando de respaldar la educación del ser humano como ciudadano con derechos y deberes claros, así como la cultura como parte esencial de la existencia, mientras la presencia de las empresas privadas y los mercados insaciables marcan caminos distintos a los habituales. Mecenas, empresarios, gestores, ¿Se beneficiará o perderá la cultura con este cambio de gerencia? ¿Saldrá ilesa después del relevo? ¿Sobrevivirá a esta alteración? ¿Disfrutarán sus obras artísticas de algo más que de la oportunidad de vivir fugazmente y ganar unos instantes de fama? Cuando los nuevos administradores adopten el estilo de gerencia que hoy se ha puesto de

moda, ¿no limitarán sus actividades de custodia al «vaciamiento», acaparando los activos que tienen a su cargo? No lo sabemos todavía, presentimos no demasiadas cosas buenas, pero no podemos afirmar nada con rotundidad. Lo seguro es que las cosas cambiarán en la cultura: en su manera de crearla y en su divulgación o consumo. En contra de lo que escribió Adorno, la cultura cada vez es menos ese bien noble y precioso que debe protegerse contra todas las formas vulgares y degeneradas que usurpan su nombre (la «cultura de masas»), sino el medio mismo en el que prevalecerá el principio fundamental de indiferenciación sobre el que girará la nueva normatividad democrática. La tarea crítica consistirá en establecer una división entre aquello que merece verdaderamente el nombre de «bien cultural» y aquello otro que lo usurpa. Pero esto cada vez será más difícil porque todo va hacia una mezcla indistinguible, junto con el derrocamiento que ya están sufriendo profesores, críticos y ensayistas, intelectuales o artistas a manos de las ventas, el eco de las redes sociales, etc. Afortunadamente todavía hoy la cultura genera debate entre los partidarios de las élites, de la cultura popular y de la industria de la cultura. No todo está perdido, aunque sí hay peligro de perderlo todo. ¿Perder qué? La consolación, la cura, el alivio, el sentido de la existencia. Todo aquello que se inventó la cultura para aminorar y mejorar nuestras angustias (la filosofía, la religión, el amor, el arte, la familia, la comunidad, la arquitectura, etc.) está camino de la defunción, está agonizante.

Castoriadis decía que ningún problema se resuelve por anticipado. El problema, desde luego, existe; pero no nos anticipemos. Por lo de ahora sigamos trabajando en lo nuestro, creando, esparciendo la semilla de la libertad de pensar y expresarla por ahora es suficiente. Cuando lleguen los problemas, buscaremos la solución. Seguro que la tienen.

C. A. M.